



CAPÍTULO 1

Mi lugar preferido se había convertido en una gran autopista, opacada por cientos de edificios que oscurecían el cielo en el atardecer. Los pasajes electromagnéticos transversales eran la nueva incorporación de los drones. No había tenido oportunidad de probarles, pues para mí no tenía sentido hacerlo. Las máquinas, a lo largo de los años, seguían proyectando la labor de los arquitectos humanos. Estas trabajaban sin descanso, ignorando que la única que recorría los nuevos logros era yo. Años atrás pensaba que cesarían en la posterioridad de dos o tres estructuras. No fue así. La imaginación humana no tiene límites. La capital había sido reformada por completo y no parecía que fueran a terminar en ningún momento.

“Myself es vida, felicidad y tu sueño hecho realidad. Incorpora nuestro nuevo diseño de chip y empieza a vivir”. El anuncio se reproducía cada media hora. Una y otra vez resonaban por los altavoces las palabras de una mujer. Sencilla, agradable y persuasible. Casi podía creerle con cada día que pasaba.

La vida se reduce a la soledad de una vista sobre un puente. Sostengo con fuerzas el casco de la motocicleta, para no llorar, por la impotencia del maldito que se llevó a mis seres queridos. Es tan solo que, ¿cómo se puede pelear con algo intangible como una red social? *Myself* acabó con la vida tal y como algún día se conoció. Nadie en un futuro va a hablar de esto o escribir en la historia. No habrá uno que podrá contar el ser humano. Suspiro con la vista al frente, mientras el sol cae en el horizonte. Llevo las manos hacia mi cuerpo, en un intento de calmar el frío que trae la brisa del atardecer *«debería volver a casa»*, pienso.

Monto la motocicleta. Es de las pocas cosas que quiero en este mundo cerca de mí. Es de gran tamaño, deportiva, con forma aerodinámica y de un color rojo furioso. Casi no hago pie en el suelo, pero eso me tiene sin cuidado. Hago sentir su gran rugir en la autopista. Es una de aquellas pequeñas cosas que me hacen sentir viva entre tanta soledad.

Llego a casa tras un breve período de alta velocidad. Siempre me tomo un momento para mirar alrededor en lo se convirtió la vida cotidiana. Todas esas máquinas automatizadas haciendo el trabajo que era tan rutinario en nuestras vidas: cortar el césped, limpiar la casa, enviar una carta, ir de compras, cocinar. Todo se fue, todo lo hacen ellos y nuestros cuerpos permanecen momificados en una vida virtual. Caen en silencio por mis mejillas, las lágrimas más frías que recorrieron ese lugar. La furia me gana. Corre la ira en mi sistema y esta vida

injusta. Para una madre que jamás deseó esto para su hija. *Myself* se lo llevó todo, se volvió tan poderoso y perfecto. Mejoró el rendimiento humano al cien por cien en todos los lugares del mundo; dejaron de existir la pobreza, las guerras, incluso los niños de hoy en día ignoran lo que es el mal, ¿a costa de qué? Admitir una ley que dicte que a todo ser humano que nazca se le conecte un *chip* del programa, y al abrir sus ojos se encuentren dentro de un mundo virtual e inverosímil, que no se asemeja ni en lo más mínimo a la vida real. Mientras unos drones automatizados, abastecidos por la luz solar, hacen todo el trabajo y los alimentan como vegetales sin tener posibilidad a una vida normal y es todo lo que les están robando. ¿Dónde quedó el libre albedrío?

Estallo en rabia, no puedo evitar los gritos. Mis expresiones fuera de mi cabeza llegan a toda la manzana. Exploto en un mar de llantos y lágrimas. Caigo de rodillas en el césped artificial cortado a la perfección, lleno de ilusiones de vida, que no tiene ningún insecto merodeando por él, ni pisadas de niños jugueteados.

—¡Ah, el perfecto mundo de *Myself*! —digo en voz alta, con el tono más irónico sugerido para ese momento.

Dejo reposar los sentimientos encontrados por un momento antes de ponerme de pie. Fuerte como siempre al entrar a casa, mantengo la esperanza de que mi hija vea algún desperfecto en *Myself* y me abrace al entrar.

Nada ocurre. Solo varios drones alrededor de ella. Como siempre sentada en la mesa. En estos momentos siendo alimentada por dos brazos mecánicos que salen de la misma. En la mesa, sobre un plato, hay algún tipo de carne y vegetales, las suficientes vitaminas para mantenerla fuerte en el mundo real. Avanzo hacia ella.

—Hola, Sara —la saludo, sin respuesta, espero algo más *tonta*.

Me siento frente a ella. Se abren dos compuertas en la mesa, dos brazos emergen. Preparan el almuerzo en un bello plato de vidrio transparente, coloreado con tiernos colores pasteles.

—Hermoso —resoplo con odio.

Como es automatizado no puedo elegir ni mi propia comida. El sistema de escaneo se realiza sobre las personas a la hora de abastecerse de alimento: desayuno, almuerzo y cena. Detectando qué nutrientes están bajos en el cuerpo; sirviendo así, la comida ideal para fortalecer las carencias del organismo. El mundo utópico del humano creado a su semejanza (lástima que ninguno pudiera disfrutarlo de la manera ejemplar en que yo lo hago). Debería dejar de lado un poco el sarcasmo. Pero no puedo, me volvería una hipócrita si apenas disfrutara de esta vida. Al mirar a mi hija en frente, pienso que jamás oí su primera palabra ni la vi dar sus primeros pasos. Eso me enfurece y saca lo peor de mí. Trato de comer lo poco que puedo. No me apetece demasiado, pero necesito estar fuerte para afrontar estos momentos tan duros y pensar qué voy a hacer. Doy algunos bocados, revuelvo el puré, como algunos pedacitos de pan, termino con el exprimido de naranja y me levanto para ir al cuarto. Ni bien me pongo de pie, mis amigos los brazos robóticos limpian todo el desorden y desechan las sobras, suspiro con un gesto de desaprobación. Me dirijo hacia las escaleras, subo por los pulidos escalones, camino frustrada hacia el cuarto. No detengo los pasos dirigiéndome al baño para una ducha relajante.

El agua caliente cae sobre mis hombros y pienso que ya es hora. Temía que algún día debería involucrarme. Lo había negado por muchos años, exactamente dos mil trescientos setenta días. Había comenzado a investigar sobre la tecnología del *chip* en la tienda central de *Myself*. Tardé algunos meses en hacerme con la información clasificada. Claro está, que no había personal alguno para evitar que deambule e interactúe en los ordenadores centrales

del lugar. Instalada en la oficina del director general, disponía de un sinfín de papeles y carpetas desparramadas por la enorme oficina. Pensé que, si accedía directamente desde aquel ordenador, en unas pocas horas podría hacerme con la información que buscaba. Nada resultaba fácil en la desolación. La presión día a día era constante, Sara crecía dentro de *Myslef* y yo no obtenía respuesta. Cuando finalmente obtuve los datos de creación de los *chips*, la información era apática a lo que necesitaba. Constaba de miles de párrafos de cada inserción en los nervios, masa encefálica y columna vertebral conectada al usuario. Tardé un mes en leer y comprender cada detalle del mecanismo. No había ni siquiera una teoría de cómo retirarlo. En una advertencia muy remarcada, insistían en evitar un tratamiento quirúrgico, ya que podría ocasionar la muerte inmediata al usuario. El *chip* mandaba señales a todo el cuerpo constantemente, la realidad se podría filtrar y ocasionar que el cerebro pensara que había muerto, produciendo así, un derrame. El solo pensarlo me hacía temblar. Intenté hallar una manera de apagarlo, tenía la teoría de que, si esto ocurría, Sara volvería de inmediato a la realidad. Pero esto no era posible de ninguna manera, los desarrolladores evitaron poner este mecanismo. Algunas semanas después, leí, en un artículo en la *Intranet* de la sede, que tenían la teoría de que apagar el *chip* podría ocasionar lo mismo que retirarlo.

Los meses posteriores en un intento forzado, accedí al hospital general, el único que se mantenía en la ciudad. Las alarmas sonaron e intentaron alarma al ausente personal de seguridad. Varias horas después, se detuvieron. Me tomó un año completo revisar todos los archivos de cada una de las operaciones antes y después de la automatización. Hubo un tiempo en que los médicos hacían la inserción del *chip* en el paciente, y cada uno de estos tenía un historial clínico. No encontré falla alguna. En cada historial la cirugía salía perfecta y el paciente se encontraba estable. Después de cientos de miles de operaciones, los mismos doctores se sometieron a la cirugía, siendo así reemplazados por una guía automatizada. No había encontrado datos de cómo quitarlo. Sí había aprendido a operar a pie de la letra, de tal manera que podría ponerlo con los ojos cerrados. Era lo último que quería, y si necesitaba uno, me lo colocaría yo misma.

Seguí investigando durante los siguientes años en todas las noticias, desde su primera aparición como lentes de realidad virtual, hasta su evolución como *chip sensorial*. Todo era perfecto, no había críticas en absoluto. Hasta las personas más polémicas de los medios daban por sentado que era el mejor logro tecnológico que había existido. Y así fue, nadie dudaba de eso, ni siquiera yo.

Habían transcurrido cuatro largos años desde que había intentado sacar a Sara de *Myslef* y seguía sin un avance en concreto. Juré no darmelo por vencida y me introduce en los principios de la realidad virtual; su funcionamiento, la complejidad de este vinculada con el trance mental que proporcionaba y la manera de evitarlo. *Myslef*, mediante el *chip*, daba una sensación directa hacia el cerebro del individuo. Había descubierto que, si podía evitar esto, el propio cerebro entraría en conflicto y volvería a la realidad. Intenté de todo en largos meses, desde trances hasta llevarla en mi motocicleta a toda velocidad. Nada era subjetivo para la mente de Sara. Estaba metida de lleno en ese mundo. Los últimos seis meses estuve deprimida, no por el hecho de no saber cómo, sino por pensar que era la única opción. Una que venía negando desde el nacimiento de mi hija. Ahora debía afrontarla.

Tiemblo con tan solo pensarlo. Yo no puedo hacerlo. Es una locura. Giro las perillas, el agua deja de caer. Extiendo mi mano tanteando la pared hasta encontrarme con una toalla. Me la paso por el cuerpo. Doy la vuelta con ella y luego la ato a mi pecho. Tomo otra para mi largo cabello. Lo revuelvo un poco antes de acostarme. Nunca me gustó mojar las almohadas una vez acostada.

—Seis largos años perdidos para mi inocente hija —mi voz se quiebra y echo a llorar—. Creciste sentada en una silla, dentro de un mundo falso —ya sin contener las lágrimas.

Me pesan los ojos, mi vista se nubla.

Amanece, o así parece. Los horrorosos truenos me despiertan y casi doy un salto de la cama. Bajo a desayunar, me cuesta caminar, el pensamiento da vueltas en mi cabeza cada vez con más fuerza, se me hace muy difícil ignorarlo. Mientras, veo a los brazos sirviéndome un platillo enorme para comenzar el día.

Proteínas, fibras, vitaminas y minerales. El escaneo había dado negativo delatando un color rojo alarmante. Los alimentos digeridos la noche anterior, no eran lo suficiente para adaptarme a mi día diario en *Myself*, o así lo entendía, del modo que estaba programada la vida automatizada.

Como con un amplio apetito, dejando limpio el plato en algunos segundos. Bebo de un solo trago el jugo exprimido, satisfaciendo un hambre que hasta ese momento no había podido notar. Los nervios, el estrés, el peso que conlleva la carga que estoy por asumir, hasta ese momento no me había dado cuenta de lo imposible que era entrar a *Myself*, y me hago oír en todo el vecindario.

—¡Maldición! —grito estrepitosamente.

Claro, mi hija ni se inmuta de mis actos, pero lloro con furia, tan cerca, el enojo no me deja pensar más que una cosa: *chips*. No quiero uno de esos en mi cabeza, no podría salir, estaría sumergida en ese mundo y en un pequeño error perdería todo contacto con la realidad. Pasan varios minutos, despejo mi mente y pienso mucho en esa tecnología, en los *chips*, en la comunicación de *Myself* con las personas, pienso en un antes. Y recuerdo que al principio se usaban visores, hace décadas, sí, pero podría conseguir alguno, en alguna tienda o casas de todo el mundo, se daba uno gratis para promocionar la nueva sensación, recuerdo que el mío lo tiré y rompí.

—Tonta —susurro.

En los inicios de *Myself* convivía con el padre de Sara, recordé. Me sobresalto de alegría, su cuarto no lo toqué desde que se fue para entrar en su nuevo mundo. Él tenía uno de esos antiguos visores de realidad virtual. Dejo la mesa y salgo corriendo hacia allí, subo a la segunda planta saltando los escalones de dos en dos, a toda prisa llego a la puerta, no puedo moverme. Inhalo en busca de fuerzas y doy un paso al frente. Abro la puerta con lentitud, la luz se prende dejando a la vista el desorden del día que se marchó.

—Que comience mi odisea —digo con toda despreocupación. Él nunca tiraba nada que tuviera algo que ver con la tecnología.

Después de tres eternas horas revisando y removiendo todo tipo de cables, pantallas y elementos varios que no puedo señalar qué son, lo veo. Como un brillo de esperanza ante mis ojos. En su estuche plástico celeste con las iniciales de *Myself* en color blanco. Cuidado y guardado en excelente estado. Al abrirlo me encuentro con el antiguo modelo de *Myself*, tiene el aspecto de unos anteojos, el lente es uniforme, de una sola pieza y de plástico. A los lados está la batería de litio, el interruptor. El terminal se coloca entre las orejas de manera convencional, como las gafas.

Cruzo los dedos esperando que prenda y funcione. Así sucede cuando lo enciendo. Salto de alegría, jamás estuve tan contenta de encontrar algo de parte de él.

—Por fin serviste a una causa familiar —lo digo con toda la rebosante alegría que emana mi cara y un sarcasmo inigualable.

Elijo no vivir más esta vida miserable y de soledad. Quiero a mi hija. Nadie tiene derecho, más que ella, a elegir la vida que se le dio. Por eso, decido luchar por un mejor mundo para ella y para mí.